

dicho á vds. sobre la providencia y conducta que el Señor observa con sus criaturas. Nunca se les olviden los grandes bienes que nos acarrearán los trabajitos que Dios nos envía.

*Severa.* *Quien mas padece mas merece,* señorita.

*Inocencia.* Señorita, pues entonces que vengan trabajos.

*Directora.* Y gracia para llevarlos con paciencia. Diga vd. Maestra, ¿las ha hablado vd. del Hombre Feliz y las utilidades que lleva consigo leerle á menudo para no abandonarse al sentimiento en medio de los mayores infortunios?

*Maestra.* Sí señora, y estoy en el entender que algunas le han comprado.

*Luisa.* Bendito sea el dia en que vd. nos lo dijo; y mucho mas en el que mi señor padre le compró; me parece que si no hubiera sido por eso nos hubiéramos muerto de pesadumbre con las desgracias que en casa han ocurrido.

*Directora.* Aun cuando no fuera mas que por librarnos de tristezas en cuantos trabajos y sentimientos pueden sucedernos, deberíamos todos tenerle, y leerle al menos una vez cada año.

*Luisa.* ¿Cómo hace ver que todo lo dispone Dios para nuestro bien, y que tratando de tenerle contento, nos libra por último, de todos nuestros

males, ó los convierte en nuestra propia felicidad! ;Si supiera vd. las gracias que me han dado las personas que lo han comprado por mí, y se hallaban casi desesperadas con tanto padecer! . . . .

*Directora.* Es seguramente el verdadero lenitivo de los innumerables males que llueven sobre los mortales en este valle de lágrimas, y el verdadero convencimiento de que nadie y nada puede hacer al hombre infeliz, ni quitarle su interior alegría, mas que él á sí mismo, obrando mal y desagradando á Dios.

*Luisa.* Señorita, no me he acordado de decir á vd. hasta ahora que hemos hablado de estas cosas, lo que me sucedió antes de ayer con el señor aquel tan bondadoso y frescote que estuvo aquí con el otro que suele visitarnos: le encontré junto á la Profesa, y cuando le estaba saludando llegó otro que seria amigo suyo, y le preguntó cómo le iba; el señor le respondió, *bien, porque el Señor quiere, y muy contento.* Lo extraño, replicó el caballero, con las cosas que á vd. le suceden. Entonces se sonrió el señor añadiendo, que *el hombre no debia afligirse mas que por cosa y media: que la cosa era si sentia en desgracia de Dios; y la media si no hallaba un pedazo de pan que llevar á la boca: y que esto no sucede á quien bien le sirve,*

porque es buen amo, y así nos lo tiene prometido: ¡Vaya con una conformidad bien alegre!

*Directora.* No lo estraño: es teresiano, y la Santa Bendita suele comunicar esta gracia á sus verdaderos devotos: sean vds. muy devotas suyas, y del Patriarca San José, y no duden que conseguirán este y otros mil favores en vida y en muerte.

*Paz.* Alabado sea el Santísimo Sacramento del Altar:

*Niñas.* Y la pura y limpia Concepcion de María.

*Maestra.* ¿Qué es esto Pavecita? ¿Cómo viene vd. tan tarde, á una hora tan fuera de lo regular?

*Paz.* No ha consistido en mí, señorita. Yo venia á la hora misma que todos los dias; pero pasando por la calle de San Francisco, junto á la esquina habia unos léperos, y vino otro y les dijo: hola caballeros ¿qué tenemos? Entonces saltó uno, ¿qué hemos de tener? Un dia mas: pues yo digo que un dia menos, dijo el otro: pues yo digo que un dia mas: pues vd. es un bruto: pues mas es vd., y empezaron á echar tantos sapos y culebras de cosas malas por aquella boca, hasta que se agarraron y se juntó allí tanto rebullicio de gente . . .

*Maestra.* Pero ¿por qué vd. no se vino y se apartó de aquella niña? Ya sabe vd. lo que dijimos hace pocos dias sobre la vana curiosidad: se debe evitar cuanto ser pueda, por los malos resultados que casi siempre lleva consigo. Diga vd., Prudencia, ¿se acuerda vd. de la definicion que enseñé á vds. y dimos á la vana curiosidad?

*Prudencia.* Sí señora: es un deseo impertinente de ver ó saber lo que no importa, y que visto ó sabido perjudica.

*Maestra.* Así es cabalmente, y deben vds. tenerla muy presente, para no ver, ni saber, ni entender lo que no conviene.

*Paz.* Señora, no queria yo ver esas cosas, y mucho menos cuando son quimeras; como yo vea que están regañando á otras muchachas no paro hasta que las hago amigas. Tambien me daba tanta pena de que veia que regañaban aquellos hombres; pero como eran tan grandes . . .

*Maestra.* Bien poco tenian de hombres, y menos de grandes, cuando disputaban á porrazos, queriendo así averiguar cual de ellos tenia razon: pero puesto que vd. no podia remediarlo ¿por qué no se venia y los dejaba?

*Paz.* Porque no se podía pasar, señorita. No sabe vd. el diluvio de gente que allí se juntó; se alborotaron las vecinas de la casa de Juan Paje, y vinieron todos los cocheros que estaban en la plazuela. Entonces yo me metí al cementerio, y á poquito llegó el señor que viene á la Amiga, y me dijo que me estuviera allí quietecita hasta que él volviera y vendria conmigo.

*Maestra.* Pero ¿cómo no los apartaba la gente?

*Paz.* Ya los habian apartado cuando llegó el señor; pero todavia estaban hechos unos perros, y decia el uno al otro, que si era hombre que saliera con él á la garita.

*Maestra.* Si hubiera dicho *si vd. no es hombre ó es bestia*, hubiera hablado con mas propiedad.

*Paz.* Eso les estuvo diciendo luego el señor; que los hombres no habian de ver así quien tenia razon.

*Maestra.* Yo lo creo. Se necesita no tener entendimiento para reducir la disputa á un acto de ferocidad, en que tanto puede quedar vencido el que tiene la razon, como el que no la tiene: por eso están tan justamente condenados por nuestras leyes semejantes desafíos.

*Directora.* Y privados de sepultura eclesiástica los que mueren en ellos.

*Paz.* ;Si viera vd. qué cosas tan buenas las estuvo diciendo el señor, y cómo les daba la razon para hacerlos amigos!

*Maestra.* Seguramente que bien entendidos ambos la tenian en la disputa tan tonta que movieron; porque hablando de los dias que hemos vivido, cada dia es uno mas; y si hablamos de los que restan de vivir, cada dia es uno menos. Muchas ó las mas de las disputas acaloradas que tenemos, consisten en no entendernos los unos á los otros. Veán vds. por qué cosas de tan poca sustancia se ponen los hombres, ó por mejor decir, los que son mas bien brutos que hombres, á matarse y perderse por toda una eternidad. Ya se les ha dicho á vds. repetidas veces, que con ninguno sean temosas y porfiadas.

*Severa.* Señorita, si vd. viera, una vez se me metió á mí tambien una tontería de esas en la cabeza, y tomé una machaqueria tan grande con mi madre, que yo no sé como entonces no me quitó bien el polvo del forro de la camisa para las fiestas que gasta.

*Maestra.* Esa fué la lástima; siempre seria alguna cosa propia de su genio de vd.

*Severa.* Se me puso en la cabeza que mi balcon estaba mas alto desde arriba que desde abajo.

*Maestra.* ¿Y qué quiere vd. decir con eso?  
*Severa.* Que cuando estaba asomada al balcon me parecia mas alto que cuando le miraba desde la calle; todo era subir y bajar, y cada vez me parecia mas de verdad. Mi madre decia que no consistia en el balcon, sino que me parecia á mí que era así; yo no dejaba de incomodarla, y por fuerza que se habia de asomar tambien para verlo, hasta que ya por último me dijo, que consistia en que veíamos las cosas con los ojos y desde los ojos.

*Maestra.* Yo lo creo: ¿qué duda hay en eso? Cuando miramos la calle desde el balcon, hay una estatura mas porque la miramos desde los ojos, y cuando miramos el balcon desde la calle, por la misma razon hay una estatura menos; conque vea vd. si va diferencia de lo uno á lo otro.

*Severa.* Ya se vé que sí, como que así son dos. Decia mi madre que si tuviéramos los ojos en los piés, ó miráramos desde el mismo suelo de la calle al balcon, no pareceria eso: entonces yo no paré hasta que, sin que me viera, me tumbé y metí la cabeza por entre los hierros para ver si era así.

*Inocencia.* Eso fué cuando se quedó metida la

cabeza y luego no la podia sacar, hasta que llamaron á un herrero.

*Maestra.* ¿Qué tragedia fué esa?

*Inocencia.* Que metió la cabeza por los fierros del balcon, y no pudo sacarla luego hasta que llamaron á su hermano y los apartó, sacó la cabeza llena de sangre y tuvieron que traer cosas de la botica que está junto á su fragua para curarla. ¡Si viera vd., señorita, cuánta gente se juntó de aquel barrio y de los vecinos!

*Maestra.* Qué cuadro haria vd. tan bonito: ¿qué necesidad tenia vd. de experimentar lo que sabia ya en qué consistia?

*Severa.* Señorita, *la experiencia es madre de la ciencia.*

*Maestra.* Pues si á vd. le va bien, siga con esos experimentos; en ese caso cada vez me confirmo mas en que no muere vd. de su muerte natural. Eso fué un castigo de Dios para que no vuelva vd. á tenérselas con su madre y demas superiores: con nadie, con nadie se tienen esas terquedades, y con los superiores mucho menos.

*Severa.* Señorita, no se me olvidará nunca; pero la verdad sea dicha, que cuando á una se la mete una de esas cosas en la cabeza, entonces ya

es como un animal, que no lo ve, ni lo oye, ni lo entiende.

*Maestra.* En su vida ha dicho vd. tan grande verdad.

*Severa.* Lo del animal se entiende igualando y no comparando, señorita.

*Maestra.* Déjelo vd., déjelo vd. y no lo eche mas á perder. Cuidado que no se olvide á vds. cuanto se las ha dicho contra esa clase de temosos y porfiados.

*Paz.* Señorita, yo no puedo ver esas machaquerias que cogen unos con otros: á mí no me vengan con esas; en dando la razon que me asiste, si me quieren creer que me crean, y si no que no me crean.

*Maestra.* Eso es; y en el caso que se dispute sobre cosas de sustancia y no se avenga la gente, preguntarlo á los que sepan mas; y si es cosa de intereses, reducirlo á juicio de letrados. Y diga vd., ¿cómo no vino luego con vd. el Amigo de nuestra Amiga?

*Paz.* Sí señorita, ha llegado hasta aquí juntito y se ha entrado en la iglesia de la Santa Veracruz.

*Maestra.* Hoy está allí el jubileo de las cuarenta horas.

*Paz.* Señorita, ¿si viera vd. qué risa! Cuan-

do veniamos ya cerca de la Amiga, encontramos otras muchachas que iban muy majas y muy escotadas, y entonces las dijo el señor: hijas, por María Santísima, poneos algunos pañuelitos para que no os piquen los mosquitos.

*Maestra.* ¿Y qué respondieron ellas?

*Paz.* Nada: se echaron á reir y se fueron por la calle adelante.

*Severa.* Esas serian las mismas que salian un dia de la iglesia, y porque nosotras no íbamos así, al instante que nos vieron empezaron á decir, las de las beaterias, las de las beaterias.

*Maestra.* ¿Y pudo vd. callar, llevándolo con paciencia?

*Inocencia.* Las dijo una cosa que ahora no se me acuerda.

*Clarita.* Operistas, operistas: eso fué lo que las llamó; y las dijo que iban á la iglesia como si fueran á la comedia.

*Maestra.* Ello es que todo es ponernos en compromisos con ese genio tan áspero que vd. tiene. Me temo que el dia menos pensado nos llena vd. de sentimientos: ¿cuántas veces se la ha dicho á vd. que no haga caso de semejantes palabras?

*Severa.* Señorita, para mí todas esas palabrotas son bocas de pulquería; pero es lo que se di-

ce, que *donde las dan las toman, ó quien no quiera polvo que no vaya á la era.*

*Maestra.* Yo no sé cómo vd. se compone para aprender tanto refran.

*Severa.* Señorita, ya puede vd. ver que esa es una cosa que se está cayendo de su peso. En mi barrio no somos como vds., que están siempre meditando en sus casas: nosotras siempre tratamos mas con las gentes, y por consiguiente siempre tenemos que saber mas cosas que vds.

*Maestra.* Con tal que vds. no se pasaran de letras, en hora buena; pero lo que me temo es, que entre esas gentes y en esos barrios aprendan vds. cosas...

*Severa.* Eso es conforme, señorita; no podrá vd. negarme que en unos tenemos la fama y en otros se carda la lana; como vd. oyera al señor tan bueno que va á mi casa, ya veria vd. entonces la razon que me asiste.

*Maestra.* ¿Quién es ese caballero?

*Severa.* Aquel D. Modesto que vive junto á S. Fernando; por lo tocante á las muchachas dice que hacen muy mal sus padres y sus madres en darlas tantos gustitos y enseñarlas desde niñas á que vayan tan majas y despechugadas; que con eso de grandes se hacen muy orgullosas y disolutas.

*Maestra.* En hora buena sea; pero ya saben vds. lo que sobre ese particular y otros que no están en nuestra mano poderlos remediar se les ha dicho varias veces. En estos casos obren vds. como aquí se les enseña, y por lo que hace á los demas encomendarlo á Dios.

*Severa.* Eso tambien es una verdad, señorita: cada loco con su tema: por mí, allá se las hayan.

*Negrta.* Agalla con agalla y pan con carcoma.

*Maestra.* ¿Qué chapurrado es ese?

*Clarita.* Dice que allá se las hayan y con su pan se lo coman.

*Severa.* No quisiera mas sino que vd. conociera al señor que yo digo, señorita.

*Maestra.* De lo que mas me alegrara, que como vd. conoce lo que conviene á otros, conociera y practicara lo que la conviene á vd. En los demas lo conoce todo y vd. está llena de pasiones...

*Severa.* La pasion no quita conocimiento, señorita. Yo podré tener mis cosas como cualquiera otra; pero la verdad siempre la he de decir, aunque sea en contra mia. Crea vd. que es lo que dice el Sr. D. Modesto, que para querer á sus hijas no necesitan sus madres darlas tantos gustitos y poner á las niñas tan guapas: dice que mas bien

habian de hacer el que nunca se salieran con la suya; que así serian mas buenas, y no que lo que sucede con esos mimos es, que si luego de grandes no tienen para esos vanistorios, son capaces de ir á buscarlo donde quiera esperen hallario; y por un gustito que las nieguen, son capaces de ponerse contra su padre y su madre.

*Maestra.* Sea lo que quiera, hoy no tenemos que gastar tanto tiempo con su D. Modesto de vd.; bastan las lecciones que les ha dado él con su conducta.

*Severa.* No diré yo lo contrario, señorita; y aunque alabe yo tanto al Sr. D. Modesto, siempre es mejorando lo presenté; pero en eso que he dicho, y en lo que dice de muchas diversiones que tienen las señoritas en la ciudad. . . .

*Maestra.* Basta, basta; dejémonos de episdios.

*Severa.* Por mí, bien dejados están, señorita, mi verdad la digo á vd., que nunca me han gustado á mí los perifollos y esas profanaciones de vestimentas. . . .

*Justa.* Señorita, ahora que se me acuerda, ¿quiere vd. que la diga una seguidilla que me enseñó el padre D. Juan?

*Maestra.* Dígala vd. en hora buena, pues siendo cosa de su señor tio, no será mala.

*Justa.* En el vestir procura  
No ser profana,  
Descubre solamente  
Manos y cara.  
En las iglesias,  
Ni los piés, ni las manos,  
Ni la cabeza.

*Maestra.* Grandemente; téngala vd. muy en la memoria. Diga vd. Pavecita, ¿qué mas la dijo á vd. el Amigo de nuestras clases?

*Paz.* Decia que no habia cosa mejor que llevarse bien los unos con los otros, que eso era mejor que estar buenos y tener mucho dinero.

*Maestra.* Y dice bien: habiendo paz se dulcifican todos los trabajos, y no habiendo paz, ni riqueza, ni aun salud, ni cosa alguna da contento.

*Paz.* Si señorita: decia que despues de Dios no hay como la paz.

*Maestra.* Cierto, cierto; sin paz no hay contento alguno, así como sin pan no parece bien la mesa aunque esté llena de los mas esquisitos manjares.

*Paz.* Tambien dijo eso.

*Maestra.* Oigan vds. todas, y aprendan de tan

buen señor á ser pacíficas, procurando la paz en sí y en otros: buena lección han tenido con esta ocurrencia las niñas que ayer causaron aquel escándalo en la calle y llenaron de disgusto á la señora Directora.

*Paz.* Dice el señor, que puede mas el que no dice nada, aunque le hagan una cosa mala, que el que se la hace.

*Maestra.* Diria, que tiene mas de magnánimo ó de fuerte; porque como muchas veces hemos dicho á vds.: *tiene mas fortaleza quien recibe un golpe con paciencia, que el que se le pega con fuerza.*

*Paz.* Como aquellos que decia el Compendio de la Religión, que aunque los martirizaban tanto, no resollaban ni abrian su boca para quejarse, ni para nada.

*Maestra.* No solamente lo sufrían todo y lo llevaban en paciencia, sino que se alegraban, como si los hicieran un gran regalo ó el mayor beneficio.

*Severa.* Dice la Negrita que sabe ella cómo se llamaban esos que se reian cuando los pegaban azotes.

*Maestra.* ¿Cómo se llamaban?

*Negrita.* Los Apóstrofes.

*Maestra.* Es verdad: los Apóstoles, los Apóstoles, que iban gozosos y contentísimos á presen-

cia de aquellos que los habian maltratado y llenado de oprobios por habérseles presentado la ocasion de padecer estas cosas por el nombre de Jesucristo. Veán vds. cómo la Negrita hace cuanto puede para quedarse con las cosas que se leen aquí: esto habian de hacer aquellas señoritas que se rien cuando no puede pronunciar algun término dificultoso.

*Pia.* Dice mi madre que no hay cosa peor que hacer burla de los que tienen algun trabajo que no pueden ellos remediar.

*Maestra.* Y dice bien; porque lejos de disminuirse con la compasion, se le aumentan con la burla y falta de caridad.

*Pia.* ¡Ya, ya! Como tuvieran ellos el trabajo y les hicieran esas cosas, bien habian de decir que ya no había quien mirara por nadie ni tuviera caridad. El otro dia regañé yo á un muchacho que estaba haciendo burla á tia Lola la loca.

*Maestra.* ¿Y por qué la llama vd. así?

*Pia.* Porque se llama Dolores.

*Maestra.* Pues si se llama Dolores no la llame vd. de otro modo. Ese es un medio diabólico que se ha introducido entre nosotros para desfigurar y variar el nombre de los santos en términos que no se conozca el propio de cada uno. Huyan vds.

cuanto puedan y eviten ese modo de hablar, y mucho mas saludar á otros con nombres ridiculos, motes y apodos, como suele hacerlo la gente soez. Este es otro vicio muy trascendental, principalmente en pueblos pequeños, donde casi á nadie se le saluda por su propio nombre y solo se le conoce por alguno de aquellos tan ridiculos como faltos de caridad.

*Dolores.* Lo que dijo mi madre á una que me llamó así, que no habia san Lolo ni santa Lola.

*Maestra.* Y dijo bien. ¿Y qué diremos á los de el Cota, en lugar del Dulcísimo Nombre de María, y á las de Concha en lugar de Concepcion?

*Pia.* No la volveré yo á llamar otra vez así.

*Maestra.* Ni á esa ni á nadie, sino con el propio nombre de santo ó santa que tenga. En lo demas, hizo vd. bien de reprender á aquel muchacho. Si hicieran todos eso cuando los ven hacer burla ó maltratar á sus prójimos, en breve se remediaría el mal en esta parte; però la lástima es, que, algunos, lejos de reprenderlo lo aplauden y se divierten con esos procedimientos tan estraños y opuestos á nuestra santa religion, que toda es amor, dulzura, compasion y sentimiento del

mal del prójimo. ; Falta de educacion! ; falta de finura! ; falta de caridad!

*Pia.* Los hay muy malos, señorita, y algunos muchachos á su padre y á su madre los hacen tambien cosas así.

*Justa.* Pues déjalos, que lo mismo han de hacer con ellos cuando les suceda alguna cosa mala. Diga vd., señorita, ¿es verdad que estaba uno haciendo una cazuela de palo, y le preguntó su niño que para qué era aquello, y le dijo su padre: esta es una ortera para que tu abuelo coma en ella y no coma con nosotros, porque es muy viejo, se ha puesto muy asqueroso y todo lo hace pedazos: y entonces dijo el muchacho á su padre, y cuando se muera mi abuelo la guardaremos para cuando vd. se ponga como él.

*Maestra.* No sabemos si así sucedió; pero aun cuando el hecho no sea cierto, lo es siempre la moralidad, y en el caso nos está manifestada bien de lleno la conducta que los hijos observarán con aquellos padres que maltrataron, menospreciaron y tuvieron poco respeto á los suyos. Justo castigo, que el niño dió á entender á su padre recibiendo de ellos, permitiendo Dios le pagasen en la misma moneda.

*Directora.* Eso han de tener vds. muy presen-